

casi toda la Iglesia. A pesar de su férrea tenacidad, las dificultades que se opusieron á sus esfuerzos eran tan grandes y numerosas, que ni siquiera una vez pudo llevar al cabo todas sus propias ordenaciones; así, por ejemplo, las referentes á los beneficios (1). La insuperable fuerza de las circunstancias hizo fracasar sus mejores intentos; y así, su breve acción se terminó sin haberse suprimido los más graves daños. La generosa apelación dirigida á sus paisanos, la pública confesión de los defectos, que había mandado hacer, por medio de su Nuncio, en la Dieta de Alemania, fueron contestados por parte de los novadores con burlas, insultos y escarnios, y muy lejos de disminuir la pernicioso división de la Iglesia promovida por Lutero, Adriano hubo de presenciar, de qué manera iba diariamente acrecentándose.

Lo propio que por la unidad y reforma de la Iglesia, se afaná también inútilmente para proteger á la Cristiandad gravemente amenazada por los otomanos. Con las cajas vacías y cargado de opresoras deudas, tenía que acudir con su auxilio á todas partes. Si hacía economías é imponía contribuciones para apoyar á los Caballeros de Rodas y á los húngaros, era tenido por avariento; si gastaba los dineros recaudados, en la guerra contra los turcos, en vez de repartirlos á los artistas y literatos, se le consideraba como un bárbaro. Inútilmente se aquejó por Rodas y Hungría; en vano suplicó y amenazó á los príncipes, los cuales, en vez de volver sus armas contra los enemigos de la Cristiandad y de la civilización occidental, se despedazaban mutuamente en guerras inacabables. El joven Emperador, con quien tantas y tan estrechas relaciones tenía, no comprendió la actitud neutral que su paternal amigo, elevado á la dignidad de supremo Jefe de la Iglesia, debía tomar si quería cumplir con las altas exigencias de su cargo. Los representantes de Carlos V no tuvieron para la conducta del Papa sino burlas y mofa; no acertando á pensar, en su miopía, sino exclusivamente en las inmediatas ventajas de su soberano. El astuto monarca francés recompensó la benevolencia de Adriano con traiciones, amenazas y violencias, y él fué quien,

(1) Cf. Sanuto, XXXIII, 481 y Tizio, \*Hist. Senen. Este último refiere lo que sigue—lo cual es importante para demostrar que Adriano VI no era, en manera alguna, excesivamente riguroso y se rendía á la razón: \*coepitque Italico more atque curialium... beneficia conferre, ad tria incompatibilia dispensationem concedere... dicebat quidem in huiusmodi dispensationibus se exhibuisse difficilem quando putabat Italica beneficia sicut Hispanica esse pinguiora.

con su invasión en Italia, obligó al Papa, que hasta el último extremo había mantenido su posición neutral entre todos los partidos, á acceder á los deseos del Emperador entrando en una alianza, la cual, si bien conforme á la voluntad de Adriano, debía ser sólo defensiva, le envolvía no obstante en la lucha. La muerte de Adriano, el mismo día en que los franceses pasaban el Tesino, libró al más amante de la paz entre todos los papas, de tomar parte en una sangrienta guerra. Y con esto se ahorró también experimentar la vergonzosa ingratitud de aquellos por cuyo verdadero bien tanto había trabajado.

Fueron muy pocos los italianos que hicieron justicia al Pontífice extranjero; y una gran mayoría de ellos celebró su muerte como una liberación (1), no viendo en su pontificado sino una época de sufrimientos (2). En Roma, la aversión contra el «bárbaro», se juntó con el odio de todos aquellos que se veían turbados en la manera de vivir hasta entonces seguida, por la severidad de costumbres de Adriano y sus esfuerzos para la reforma. A esto se agregó el descontento por causa de las desacostumbradas contribuciones directas, y por la cesación de aquella vida espléndida á que se habían acostumbrado principalmente en tiempo de León X. El haber celebrado al médico (3) del difunto, como «libertador de la patria», no fué, con mucho, lo más escandaloso; los literatos que se habían visto pospuestos, tomaron venganza terrible con innumerables ataques. En todas las plazas públicas se leían las más venenosas invectivas, en las que se insultaba al difunto como asno, lobo, harpía, y se le comparaba con Caracalla y Nerón. La estatua de Pasquino se vió formalmente cubierta de versos infamatorios (4); con salvaje

(1) Cf. Gori, Archivio, IV, 246; Alfani, 301, é *ibid.*, nota 2, el juicio de Bontempo: *Nihil boni fecit in eius papatu et in eius morte fuit infamatus de haeresi, prout audivi. Guicciardini escribió á Módena, en 16 de Septiembre de 1523: Con più dispiacere ho inteso li Franzesi avera passato il Tesino, che la morte di N. S<sup>o</sup>, perchè di questa nuova potria uscire qualche buon frutto, di quella non si vede altro che distavore e danno. Disp. 217. Puede verse en Sanuto, XXXIV, 410, uno de los pocos juicios favorables emitido por un contemporáneo italiano. Varias poesías laudatorias se hallan en las Coryciana, Roma 1524, JJ, 2<sup>b</sup> s.*

(2) *Tempus aerumnarum. Carpesanus 1353.*

(3) Giov. Antracino (v. Jovius, Vita Adriani VI). Fuera de éste tuvo también Adriano por médicos á los españoles García, Carastosa y al italiano Franc. Fusconi; v. Marini I, 320 ss.

(4) V. la relación del embajador inglés, publicada por Brewer, III, 2, n. 3464; cf. Luzio, Aretino e Pasquino 12 s., *Giorn. d. lett. Ital.* XVII, 298; Creig-

alegría se ensalzaba la muerte del aborrecido Papa, y se atribuían todos los vicios imaginables, la embriaguez y hasta la más escandalosa inmoralidad, á uno de los más honestos varones (1) que en tiempo alguno hubieran gobernado en Roma. Cada una de las acciones del noble Papa, toda su manera de ser y las personas que le rodeaban, se vieron destrozadas con mentiras chuscas, y mofadas con la más refinada malicia. La universal afición á calumniar, uno de los mayores vicios de la época del Renacimiento, levantó orgullosamente su cabeza, y no hubo manera de agotar la vena de tantas injurias y calumnias. Todavía un mes después del fallecimiento de Adriano, da cuenta el embajador de Mantua de la furia de aquella peste que había invadido los ánimos; aquel diplomático enviaba á su soberano uno de los más escandalosos sonetos, «no para hablar mal de Adriano, pues me desagradan aquellos que lo hacen; sino para que conozca Vuestra Excelencia, cuántas malas lenguas hay en esta Ciudad, en que todos se entregan á las peores murmuraciones» (2).

El severo y piadoso Adriano, fué, en el más amplio sentido de la palabra, hecho «holocausto del escarnio de Roma» (3); por mucho tiempo continuaron profiriéndose las injurias, y el rencor de muchos, principalmente de los literatos, parecía insaciable. Da alguna idea de la magnitud de él, el escrito de Vianesio Albergati sobre el conclave de Clemente VII; en el cual, mientras se enaltece á León X como columna de Italia y felicidad de su

thon V, 323 y Bertani, 36. Una serie de estos pasquines puede verse en Tizio, \*Hist. Senen. loc. cit. (*Biblioteca Chigi de Roma*); de otros hace mención V. Albergati; v. abajo p. 179, nota 1. Cf. también Besso, *Roma e il Papa nei proverbi*, 2ª ed., Roma 1904, 276.

(1) V. la carta de C. Batti á Parma, publicada por Burmann, 436-440 y Wolf, Lect. II, 191 s. Cf. en cambio Schröckh, *Allgem. Biographie V*, 114 s.

(2) \*Non per dirne male, che mi dispiacquon quelli, che ciò fano, ma per far che V. Ex. lo veda et comprenda quante malissime lingue sono dal canto di qua, dove non è che dicha se non male. G. B. Quartino desde Roma, á 13 de Octubre de 1523. El soneto adjunto empieza de esta manera:

\*Perfido come il mare Adriano,  
Ipocrito, crudel, invido, avaro,  
Odioso ad ciascun, a nesun charo,  
Incantator, mago, idolatra, vano,  
Rustico, inexorabil, inhumano,  
Falsario, traditor, ladro, beccaro,  
Solitario, bestial e fatuchiaro etc.

*Archivo Gonzaga de Mantua.*

(3) Burckhardt, *Kultur I*, 175.

siglo; el autor no puede hallar palabras suficientes para describir la avaricia, la dureza y la necedad de Adriano. De todas las desgracias, hasta de la caída de Rodas, ningún otro tuvo la culpa sino aquel bárbaro y tirano (1). Aun después que hubo caído sobre Roma, como un castigo del cielo, el célebre Sacco, continuaba Pierio Valeriano insultando «al más rencoroso enemigo de las Musas, de la elocuencia y de todo lo bello», cuya vida, si hubiera sido más larga, hubiera vuelto á traer los «tiempos de la barbarie gótica» (2). Cuán hondamente arraigada estuviera la aversión contra el Papa extranjero, y cuánto se hubieran acostumbrado á no considerarlo sino por un lado totalmente burlesco, lo muestra principalmente la biografía de Adriano por Paulo Giovio. Compuerta por encargo del cardenal Enkevort, debía ser propiamente un escrito laudatorio; pero en realidad, sólo puede hacer esta impresión á un lector muy superficial; y apenas se necesita saber leer entre líneas, para echar de ver que el desagradecido Giovio interpone, donde le viene á cuento, observaciones mordaces y burlonas, y procura hacer ridículo de la más baja manera al Papa alemán, el cual, con angustioso cuidado de su salud, interrumpe los más importantes negocios por aproximarse la hora de comer, y muere finalmente víctima del excesivo beber cerveza (3). Aun aquellos italianos que se mantuvieron alejados del general espí-

(1) El escrito de V. Albergati se halla con diversos títulos (Clementis VII. P. M. conclave et creatio; Commentaria conclavis Clementis VII; Commentarii rerum sui temporis; Obitus Adriani VI et conclave Clementis VII; Historia Adriani VI; Gesta Romae et Italiae ab excessu Adriani VI ad elect. Clementis VII.) Anoto los siguientes manuscritos: 1) *Florenca, Biblioteca nacional*, Cod. Magliab. XXXVII, 204, f. 6 s. 2) *Nápoles, Biblioteca nacional*, VIII, B, 37. 3) *Mantua, Biblioteca Capilupi*. 4) *Roma, Archivo secreto pontificio*: Varia Polit. 8, f. 403 y 174; *Biblioteca Vaticana*: Ottob. 986. Cod. Barb. XXXII, 85 y 260, XXXIII, 45, 92, 163, XXXIV, 13 (cf. Ranke III, 14\* s.); *Biblioteca Corsini*: 34 G 13. 5) *Viena, Archivo privado de palacio y público*. Bacha en los Comptes rendus de la commiss. d'hist. 5 Serie I, Bruxelles 1891, 109-166, trae una impresión en modo alguno exenta de faltas, fundada en las copias romanas. Sobre Albergati cf. ibid. 4. serie XVII, 129 s. y Fantuzzi I, 137 s. Es inexacta la observación de Fantuzzi respecto del obispado de Caiazzo, porque en las \*cartas de Albergati de 29 de Octubre de 1522 s., que se hallan en el *Archivo público de Bolonia*, se firma el mismo electus Caiacen.

(2) De infelicit. lit. ed. Menken III, 382.

(3) Burckhardt, I, 176; Virgili, Berni 71. Sobre el principio y origen de la Vita, cf. Denkschriften der Münchener Akad. Hist. Kl. 1891, 532. También en su escrito De piscibus, se burla Jovio del Papa; v. Cian en el Giorn. de lett. Ital. XVII, 298.

ritu burlón y hostilidad contra Adriano, no le hicieron entera justicia; para entender lo cual, es característico el juicio de Francisco Vettori, quien opina: «que Adriano fué indudablemente piadoso y bueno, pero que hubiera servido mejor para clérigo regular; por lo demás su gobierno no fué suficientemente largo para poder pronunciar sobre él un acertado juicio» (1).

La fórmula, que Adriano no era un hombre de Estado, se había extendido desde el principio en los círculos de los políticos (2), y se repitió ahora (3). Esta manera de juzgar á un Papa, es extraordinariamente característica para la época del Renacimiento, en la cual se habían acostumbrado hasta tal punto á no considerar en el poseedor de la Santa Sede sino al príncipe temporal y político y al mecenas (4), que no había aptitud para comprender á un pontífice que colocaba resueltamente en primer término sus incumbencias religiosas, y quería ser ante todo pastor de las almas. Aquel grande, grave y santo varón, para quien eran indiferentes las antigüedades y los humanistas, que evitaba cuidadosamente en la política los caminos de Maquiavelo, y vivía exclusivamente consagrado á las obligaciones de su cargo; era, para los italianos de aquella época, una aparición de otro mundo, para ellos totalmente incomprensible.

Lo que vino á dificultar extraordinariamente una profunda y

(1) Vettori 347. V. también Guicciardini XV, 2 y Chiesi 118. Dejadas aparte algunas pocas excepciones (Foscari en Albèri 1. serie III, 125; Paruta I, 218 s.) todos los italianos, no solamente Sannazaro (cf. Burmann 428 y Gothein Kulturentwicklung 460), sino también Alberini (325 s.), y Bembo (cf. Cian 19), juzgaron á Adriano VI con suma injusticia. Justiniano (Hist. rer. Venet. 1611, 256) reconoce en verdad la sencillez del Papa, pero luego cuenta una anécdota de gran simpleza. Qué injusticia, y qué absoluta falta de inteligencia hubo y había en Roma respecto del Papa extranjero, aun en la segunda mitad del siglo XVI, lo muestra la \*Vita que se halla en el Cod. 38, A. 6 de la *Biblioteca Corsini de Roma*.

(2) V. la \*carta de G. M. della Porta de 22 de Septiembre de 1522 (*Archivo público de Florencia*), quien aduce como prueba una falta de memoria del Papa! Cf. también la \*carta de Castiglione de 14 de Septiembre de 1522, que se halla en el *Archivo Gonzaga de Mantua*. También Tizio escribía entonces: \*De pontifice vero multi iudicabant, litteras atque bonitatem non sufficere ad regnum ecclesiae, Aristoteles namque in libris de regimine «non decet», inquit «bene principari, qui non sub principe fuit». Hist. Senen. Cod. G II, 39, f. 139 de la *Biblioteca Chigi de Roma*.

(3) Sanuto XXXIV, 439 y la \*carta de V. Albergati de 14 de Septiembre de 1523 que se halla en el *Archivo público de Bolonia*.

(4) Cf. nuestras indicaciones del vol. VIII, p. 361 s.

jústa apreciación de Adriano, fué, además, haberse llevado de Roma su secretario Heeze los más importantes documentos referentes á su gobierno, la correspondencia con los Príncipes y con los Nuncios; privando con esto á la investigación científica de fuentes de la mayor importancia (1). Así pudo acaecer que, aun el mismo Pallavicini juzgara, insistiendo en las apreciaciones generales de los italianos, que Adriano había sido un excelente sacerdote, obispo y cardenal; pero con todo eso, no más que un mediano Papa (2).

Ya en 1536, un paisano y contemporáneo de Adriano VI, Gerardo Moring, había expresado, en una biografía, un juicio más justo acerca de él; el cual obtuvo, sin embargo, poca aceptación; y asimismo produjo éxito escaso, que en Italia salieran á defender la memoria de aquel noble Papa historiadores como Panvinio, Raynald, Mansi y Muratori. En Alemania influyeron todavía largo tiempo las calumnias de Lutero; y juicios católicos como el de Kiliano Leib: que su época no había sido digna de la

(1) Gregorio XIII en 1575 procuró en vano recobrar estas importantes scripturae, cf. Theiner, Annal. eccl. II, 130; de Ram en el *Bullet. de la commiss. royale d'hist.*, 2 serie, XI, 59 s., y Bacha en los *Comptes rendus de la commiss. d'hist.*, 1890, 125 s. Puede aquí con todo no tratarse de todas las scripturae de Adriano VI, porque, como indica v. Domarus en su valiosísima memoria publicada en el *Histor. Jahrb.*, XVI, 75 s., la que he citado con frecuencia, en el *Archivo secreto pontificio* se han conservado muchos tomos de registros, del ramo de hacienda y de súplicas, tocantes á Adriano VI; júnctanse á éstos el tomo de súplicas de la biblioteca vaticana (Cod. Vat., 8655) y algunos tomos que hay en el archivo público de Roma, como también el tomo 8 de los *Regest. brev. Lateran.*, que no se ha puesto en el archivo vaticano sino hasta después de la publicación de la memoria de v. Domarus. Sin embargo de este considerable número de manuscritos, Pieper (*Histor. Jahrb.*, XVI, 777 s.) sostiene con toda razón la afirmación de Gregorio XIII, de que Heeze se llevó consigo á Lieja las scripturae omnes de Adriano, porque por estas palabras sólo se entendía la correspondencia extranjera del Papa. Esta comprendía principalmente las cartas de los príncipes y nuncios y los breves propiamente dichos, por tanto, precisamente las fuentes más importantes; pues los registros que se conservan en el Vaticano, son «á lo sumo importantes para un investigador local», como me lo comunicó v. Domarus, el 20 de Enero de 1900, quien tuvo que revolverlos todos para ver lo que se relacionaba con Alemania. Yo no puedo hacer otra cosa que confirmar este juicio. Por la significación de los escritos que se llevó Heeze, hice un viaje especial á Bélgica y Holanda por otoño de 1896 con el fin de volverlos á hallar; pero fueron inútiles todas mis diligencias para descubrir allí tan preciosos papeles.

(2) Pallavicini, II, 9. Contra este juicio protestó al punto J. Lannoy (v. Burmann, 360 ss.); es, en efecto, sumamente injusto, como lo acentúa también Hefele-Hergenröther, IX, 326.

santidad de aquel Papa (1), no lograron prevalecer (2). No se dió el impulso para una mudanza favorable hasta el año de 1727 en que el jurista Gaspar Burmann de Utrecht, publicó una tan diligente como copiosa colección de materiales consagrada al Papa flamenco. A este investigador protestante, cuyo trabajo será siempre de gran precio, corresponde el mérito de haber incoado una reacción en desagravio de Adriano (3); en el siglo XIX, historiadores holandeses (4), belgas (5), alemanes (6), franceses (7), ingleses (8), y no menos italianos (9), han hecho finalmente justicia al Pontífice por tanto tiempo mal conocido; y es cosa notable que en esta parte no han puesto valla ninguna las diferencias de las confesiones religiosas. Un distinguido investigador estrictamente protestante, ha resumido recientemente su opinión sobre Adriano en la siguiente forma: «Un juicio que no se detenga en la escasez de los éxitos del Papa, ni en sus públicas confesiones, verá en Adriano VI una de las más nobles figuras que se sentaron en la Silla de Pedro; un varón de la más pura voluntad, solamente enderezada

(1) Aretin, Beiträge, IX, 1030; cf. también la crónica publicada en el Archiv für ältere deutsche Geschichte. N. F. VII, 182.

(2) Cf. el injusto juicio de Spittler, Werke, IX, 270.

(3) El influjo de Burmann, se echa de ver especialmente en Schröckh, Allgem. Biographie V, Berlín, 1778, 1-133.

(4) Bosch, Jets over Paus Adriaan VI, Utrecht, 1835. Wensing, Het leven van Adriaan VI, Utrecht, 1870. Christoffels, Paus Adriaan VI, Amsterdam, 1871.

(5) Gachard (1859), Reusens (1861) en los escritos citados arriba pág. 29, not. 4, y Claessens en la Rev. cath. de Louvain, 1862, 543 ss., 596 ss., 725 ss.

(6) La obra de Höfler (Wien, 1880) reúne todas las ventajas y desventajas de este escritor (cf. mi recensión publicada en el Histor. Jahrb., III, 121 ss.); tenía que ser insuficiente, pues el autor casi no aduce ningún material auténtico, á pesar de que ya entonces era del todo dueño de utilizar las relaciones de los Archivos de Bolonia, Mantua, Módena y Florencia, que yo había sido el primero en citar. Carecen de todo valor Nippold (Reformbestrebungen Hadrians VI, estudio publicado en el Hist. Taschenb., 1875), Gsell (Der Pontifikat Adrians VI, memoria dada á luz en la Theol. Zeitschr. aus der Schweiz, 1894); algo mejor es Bauer (Hadrian VI, Heidelberg, 1876; cf. Lit. Rundschau, 1876, 161), aunque no suficiente aun para las más moderadas exigencias. Lo mejor de la parte protestante es el trabajo de Benrath, tan imparcial como substancioso, publicado en la Herzogs Realencyklopädie, VII<sup>3</sup>, 311 s.

(7) Lepitre, Adrien VI, París, 1880.

(8) Casartelli, The Dutch Pope, en Dublin Review, CXXXV, London, 1904, 1-45. Creighton, por desgracia, todavía se mueve por el antiguo derrotero.

(9) Cf. de Leva, II, 192 s.; Cipolla, 875 s.; Capponi, St. di Firenze, III<sup>2</sup>, 158 s.; Marchesi, Papa Adriano VI, Padova, 1882. El primer italiano que en el siglo XIX hizo justicia á Adriano VI fué César Cantù; v. P. Campello della Spina, Nel centenario di C. Cantù, Firenze, 1906, 13.

al acrecentamiento de la Iglesia, por extremo concienzudo en la elección de los medios que, á su modo de ver, respondían verdaderamente á la santidad de sus fines; y una víctima digna de compasión de las personas que le rodeaban, profundamente inferiores á él, codiciosas y corruptibles, y de dos soberanos que le enredaron con sus planes dirigidos exclusivamente á sus particulares provechos y no al de la Iglesia» (1).

La historia de Adriano ofrece un carácter eminentemente trágico; pero también aquí se confirma la máxima experimental de que, á la larga, los nobles esfuerzos, á pesar de todos los fracasos, no dejan de alcanzar fruto y reconocimiento. La imagen, por tanto tiempo desfigurada, del noble Papa que escribió en su bandera la paz de la Cristiandad, la empresa de rechazar al Islamismo y la reforma de la Iglesia, ha vuelto á renacer de nuevo con su originaria alteza, y actualmente es contado, por hombres de todos los partidos, entre los papas más dignos de veneración. Nadie niega ya, que fué uno de aquellos hombres raros, que no sirvieron más que á las causas, no buscando nada para sí y peleando animosamente contra la corriente de la corrupción. Aun cuando, por la extraordinaria brevedad de su gobierno, no pudo alcanzar ningún resultado positivo, cumplió, no obstante, con el primer requisito de la curación, que consiste en descubrir los daños; dió indicaciones de suma importancia, y señaló las líneas fundamentales con arreglo á las que más adelante se llevó á cabo la reforma de las cosas eclesiásticas. Su acción formará siempre un capítulo glorioso en la historia del Pontificado.

(1) Benrath en Herzogs Realencyklopädie, VII<sup>3</sup>, 315.